

# Valores e instituciones estadunidenses desde una perspectiva occidental comparativa

Seymour Martin Lipset

Cualquier intento por abordar la manera en que Estados Unidos encaja en la sociedad occidental debe partir de la comprensión del carácter único y, en palabras de Tocqueville, excepcional de los valores y las instituciones estadunidenses; esto es, en comparación con Europa y Canadá. Estados Unidos representa un caso único puesto que surge de un suceso revolucionario. Además, ha definido ideológicamente su *raison d'être* como nación. Como ha dicho el historiador Richard Hostadter, "Nuestro destino como nación ha sido no tener ideologías, sino ser una". El credo estadunidense puede resumirse en cinco términos: libertad, igualitarismo, individualismo, populismo (gobierno del pueblo) y *laissez-faire*. No obstante, como señaló Tocqueville, el igualitarismo, en su sentido estadunidense, ha destacado la igualdad de oportunidades y de respeto, no la igualdad de resultado o condición. Este tipo de valores refleja la ausencia de estructuras feudales, de monarquías y aristocracias. Como una sociedad nueva, el país no participa de la insistencia en la jerarquía y deferencia sociales característica de las culturas posfeudales. Tales aspectos, según han observado Tocqueville y Max Weber, fueron reforzados por el hecho de que el país se comprometió religiosamente con las sectas protestantes "no conformistas", en su mayoría organizadas en congregaciones, que hacían énfasis en el voluntarismo respecto al Estado y en una relación personal o individual con Dios, que no estuviera mediada por las iglesias jerárquicamente

---

Profesor del Institute of Public Policy, George Mason University. Traducción del inglés de Susana Moreno.

organizadas, que predominaban en Europa, Canadá y América Latina. Por otro lado, en casi toda Europa los valores nacionales históricos provenían de estados mercantilistas y monárquicos fuertes, de la clase feudal y de estructuras y tradiciones religiosas jerárquicas que favorecían la primacía del estatus hereditario y los orígenes de la familia.

Al señalar las diferencias entre Estados Unidos y los países europeos a principios y mediados del siglo XIX, la literatura para viajeros extranjeros —de manera sobresaliente, pero no exclusivamente la escrita por Tocqueville— generalizaba una y otra vez que Estados Unidos era la nación más igualitaria en cuanto a relaciones sociales y más democrática en lo que a política se refería (curiosamente pasaban por alto la esclavitud). Tocqueville llegó a estudiar la única democracia que funcionaba en su época, para tratar de descubrir por qué la Revolución estadounidense había logrado producir una sociedad libre, y la Revolución francesa no. Y señaló que, además de ser democráticos, igualitarios y excepcionales (únicos), los estadounidenses eran los que más exigían el cumplimiento de sus derechos según los garantizaba la Constitución y, por tanto, era el país más litigioso, es decir uno de los que tenía el mayor número de abogados; y que todos estos elementos se interrelacionaban. Dicha orientación hacia los derechos, derivada de la Carta de Derechos, alentaba el individualismo, el cual motivaba a su vez una insistencia en los derechos. La ideología nacional era el *laissez-faire*, esto es, era liberal en el significado original del término. Jefferson la resumió de la siguiente manera: “El gobierno gobierna mejor si gobierna lo menos”. El *laissez-faire* político y el económico se reforzaban entre sí; como continúan haciéndolo hoy.

El énfasis en las características de grupo y la definición de estatus en términos colectivos necesariamente alientan las soluciones de grupo. En Europa, el hincapié en las clases sociales explícitas en las sociedades posfeudales promovió que los estratos más bajos tuvieran conciencia de clase y, hasta cierto punto, que los más privilegiados asumieran su *noblesse oblige*. La política de estos últimos, conducida por *tories* como Disraeli y Bismarck, así como la de la Izquierda socialdemócrata basada en las clases más bajas, favorecía políticas diseñadas para elevar a los más desprotegidos mediante soluciones estatales como la beneficencia social, la vivienda pública, el empleo público y el cuidado médico estatal, mas no a través de una expansión o integración de la educación a todas las clases sociales. Los estadounidenses, en cambio, han puesto más énfasis en abrir la puerta de la oportunidad a los individuos expandiendo e integrando la educación.

El americanismo es un "ismo" en el mismo sentido en que son "ismos" comunismo, liberalismo o socialismo. Al igual que la Unión Soviética, Estados Unidos se originó como un partido que representaba a un nuevo tipo de sociedad. En efecto, ha habido dos naciones ideológicas: Estados Unidos, que sobrevivió, y la Unión Soviética, que no lo logró. En repetidas ocasiones, este país ha hecho énfasis en el contenido de americanismo que se encuentra en los discursos que se pronuncian en las escuelas o que presentan sus líderes en días festivos. Los extranjeros se han asombrado ante la manera en que los estadounidenses acentúan los símbolos de nacionalidad, el saludo a la bandera y el canto del himno nacional. No obstante, los soviéticos también han tenido muchas de estas costumbres. Otros países como Alemania, Francia, Gran Bretaña y Japón son unidades que se definen por una historia común, no por una ideología común. Los estadounidenses pueden considerar que otros ciudadanos son no estadounidenses, es decir, gente que, a pesar de haber nacido en su país, no sigue la ideología nacional. Churchill dijo una vez que no le tenía miedo al Partido Comunista Inglés porque estaba compuesto de ingleses. Ningún estadounidense diría cosa semejante.

Las diferencias entre Estados Unidos y otros países industrializados también incluyen la variedad de cosas que los conservadores buscan preservar y cómo definen sus tradiciones nacionales. Los conservadores estadounidenses, como han señalado Louis Hartz y otros, representan lo que los europeos han llamado tradicionalmente liberalismo. Es decir, nuestros conservadores apoyan el *laissez-faire*, en tanto que los conservadores europeos han sido tories, han favorecido el estatismo, el poder del Rey, del gobierno, el mercantilismo y la regulación. La Derecha europea ha sido estatista, mientras que la Derecha estadounidense ha sido antiestatista. Y, en Europa, esta tradición conservadora de un gobierno fuerte ha ayudado a legitimar el estatismo de Izquierda. La oposición que la clase baja manifestó hacia el sistema de estratificación dominante que surgió en Europa era estatista, socialista. A través de los años, la mayor parte de los sindicatos europeos han favorecido el estatismo. En cambio, en Estados Unidos, puesto que la tradición nacional dominante era antiestatista, la Izquierda, hasta fines de la década de los treinta fue en gran parte también antiestatista. A lo largo de la historia estadounidense, el Partido Demócrata, fundado por Jefferson, ha sido el que más ha atraído a los menos privilegiados, a los trabajadores, a los extranjeros, a los inmigrantes, a los grupos étnicos minoritarios (hay, por supuesto, algunas excepciones

a esta generalización, en particular el papel que desempeñaron los demócratas respecto a la esclavitud y los negros en el siglo XIX, pero no las discutiré aquí). Sin embargo, hasta la Gran Depresión, de los dos partidos principales, el Partido Demócrata era el que más se orientaba hacia el *laissez-faire* y el más antiestatista.

Casi en toda su historia, el movimiento sindical estadounidense fue en su mayoría antiestatista. La Federación Estadunidesense del Trabajo (the American Federation of Labor, AFL) fue sindicalista, no socialista. Samuel Gompers, su líder durante casi 40 años, dijo una vez cuando se le preguntó sobre su política, que creía que él era tres cuartas partes anarquista; y tenía razón. Tanto los europeos como otros que han percibido a la AFL como una organización conservadora porque se oponía a los socialistas han estado equivocados. La AFL era una organización extremadamente militante que participaba en actos violentos y que tenía un índice alto de huelgas. No era una organización conservadora, sino más bien un grupo antiestatista militante. Estados Unidos también tuvo un movimiento sindical revolucionario, los Trabajadores Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World, IWW), el cual, al igual que la AFL, no era socialista; era explícitamente anarquista o, más bien, anarcosindicalista. El movimiento radical estadounidense de los años sesenta —la llamada Nueva Izquierda— tampoco fue socialista. Si bien explícitamente no era anarquista, estaba más cerca del anarquismo y de la IWW en cuanto a ideología y estructura organizativa, que a los socialistas o a los comunistas.

Por supuesto, la situación respecto al apoyo al Estado benefactor y al sindicalismo ha cambiado considerablemente desde la década de los treinta. La Gran Depresión, que afectó económicamente a Estados Unidos más que a cualquier otro país, excepto tal vez Alemania, condujo de manera inevitable al engrandecimiento del poder y del papel del Estado en las actividades económicas y de beneficencia. Cuando era candidato a la Presidencia en 1932, Franklin D. Roosevelt criticó a Herbert Hoover y a los republicanos por haber financiado el déficit y expandido el papel económico del gobierno, cosa que habían hecho para hacer frente a la Depresión. Sin embargo, Roosevelt y la mayoría demócrata en el Congreso se dedicaron rápidamente a aumentar el gasto gubernamental, expandiendo así el financiamiento del déficit, y, en general, a otorgar ayuda (beneficencia) y trabajos gubernamentales a los desempleados, así como ayuda a agricultores, sindicatos y empresas. Promulgaron un amplio plan de seguridad social (seguros de desempleo y vejez) y regularon la actividad económica.

El movimiento sindical se dividió y, junto con su sección económicamente liberal y más militante, formó el Comité para la Organización Industrial (Committee for Industrial Organization, CIO), dirigido por John L. Lewis. Gracias a la ayuda de la legislación gubernamental y a la acción del Ejecutivo, sus esfuerzos dieron como resultado un considerable aumento en el número de miembros de los sindicatos. La Depresión trajo consigo un cambio en la ideología del movimiento, particularmente en los sindicatos del CIO, quienes apoyaron con fuerza a Roosevelt y su agrandado Estado benefactor. Muchos activistas y líderes de los nuevos sindicatos provenían de los pequeños partidos Socialista y Comunista. Los intentos por crear partidos de Estado socialdemócratas o por transformar el Partido Demócrata en una organización socialdemócrata en realidad fructificaron por poco tiempo en varios estados. Minnesota y Wisconsin estaban gobernados por terceros partidos de Izquierda, mientras que los tres estados de la Costa Oeste, California, Oregon y Washington, eran testigos de que quienes tomaban el poder del Partido Demócrata eran facciones radicales cuyos líderes habían participado, en alguna medida, activamente en los partidos Socialista y Comunista. Fiorello la Guardia, alcalde de Nueva York desde 1933, fue miembro del Partido Laborista Estadunidense de Nueva York. Podría decirse que lo que Michael Harrington llamó el "invisible movimiento socialdemócrata" en Estados Unidos realmente existió con cierto grado de apoyo. Sin embargo, esa fortaleza no llegó a provocar que se votara por partidos socialistas o que se apoyara el socialismo. El excepcionalismo estadounidense todavía podría ejemplificarse por el hecho de que Estados Unidos ha sido el único país industrializado que no ha tenido un movimiento socialista nacional importante.

Las diferencias políticas entre Estados Unidos y Europa también se han relacionado con la distinta importancia que se ha otorgado a la movilidad social, a la superación. Los estadounidenses nunca aceptaron la idea de clases hereditarias rígidas. Como ya se dijo, su cultura ha hecho énfasis en el logro, en la igualdad de oportunidades y en la idea de meritocracia. Y este énfasis acompaña al país a lo largo de su historia. En la primera mitad del siglo XIX, los reformadores educativos apoyaron la escuela común, es decir, un sistema escolar al que todos —ricos y pobres, nativos y extranjeros— podían asistir. Rechazaron explícitamente los modelos europeos porque dirigían a los hijos de los pobres a trabajos peores. Horace Mann, uno de los más prominentes reformadores, escribió que no querían *gymnasiums*, *lycées* secundarios

tipo europeo, ni escuelas primarias o públicas tipo inglés (privadas) que educaban a los hijos del 10% más privilegiado de la población, mientras el resto asistía a escuelas vocacionales o recibía muy poca educación. Asimismo, los reformadores señalaron que los sistemas europeos daban por sentado que los que no asistían a las preparatorias de élite se convertirían en trabajadores o campesinos. Los educadores estadounidenses respaldaron el hecho de que todos (excepto los negros) fueran a buenas preparatorias públicas que serían comunes, esto es, integradas.

El vigor del compromiso inicial con la igualdad de oportunidades puede verse en el esfuerzo que se hizo por formar un tercer partido —el Partido de los Trabajadores—, que estuvo en su punto más alto de 1828 a 1832, y que implicó, entre otras cosas, que su sección de Nueva York propusiera que la escuela común no era suficiente, que no produciría igualdad de oportunidades, pues los hijos de los pobres regresarían a su casa en las barriadas y a familias que no apreciaban la necesidad de una educación. En este sentido, para promover lo que ahora llamamos meritocracia, sugería que a partir de los seis años, todos los niños asistieran a internados estatales. Esto era muy semejante a las antiguas sugerencias de Platón y de Robert Owen, entonces contemporáneo en Inglaterra. Si bien la propuesta para nacionalizar a los niños —pues esto era en efecto lo que se buscaba— obviamente no tuvo éxito, sorprende que el Partido de los Trabajadores haya obtenido cerca de 15% de la votación en Nueva York. Creo que este resultado dio fe de que en Estados Unidos, desde sus inicios, se cree en hacer genuina la igualdad de oportunidades.

El credo estadounidense ha continuado haciendo énfasis en la igualdad de oportunidades y en la meritocracia. Supone que todos deben tratar de superarse y que deben tener la oportunidad para tener éxito. Por supuesto que en la realidad muchos no cuentan con ella, o la tienen menos que otros. Todos los estudios empíricos sobre movilidad social —en Estados Unidos y en otras partes del mundo— demuestran que la movilidad o el logro está asociado a los orígenes sociales. Mientras más bajo sea el antecedente familiar, menos calificada está la gente joven para competir o lograr mejores posiciones en la sociedad. Pero, como en todas partes, una considerable minoría alcanza puestos más altos que sus padres, mientras que una pequeña porción acaba en trabajos de menor categoría; tan sólo por el hecho de que el cambio tecnológico produjo más puestos para la clase media y redujo la proporción de puestos no calificados y semicalificados.

En una sociedad como la estadounidense, que pone gran énfasis en el éxito, los que están en posiciones menos remuneradas deben sentirse peor que sus pares en culturas en donde no se subraya tanto la igualdad de oportunidades. Si se supone que en Estados Unidos se centran en el individualismo más que en otras partes del mundo, también puede suponerse que aquí es más probable que las fallas se achaquen a las personas y no a la sociedad. A la inversa, allá donde se da por sentada la ubicación hereditaria en posiciones altas o bajas, como sucede en la mayoría de las culturas posfeudales o de castas raciales, los que están en posiciones inferiores deben estar más dispuestos a definir que la fuente de la desigualdad es cultural y societal. Y, por tanto, es más probable que busquen mejorar su situación mediante la acción de grupo, partidos políticos de clase (como los partidos Socialdemócrata o Laborista), o mediante grupos conscientes de su raza, como en el caso de los negros estadounidenses, que a través de los esfuerzos individuales. Pero, si bien los blancos estadounidenses son menos propensos a la acción colectiva para cambiar el orden de la estratificación, es más probable que violen las reglas con mayor frecuencia que los europeos, o que participen en actividades ilegales o fuera de lo establecido para mejorar su situación personal. Los datos estadísticos comparativos son congruentes con esta suposición. Hay muchos más delitos, mucha más ilegalidad en Estados Unidos que en ninguna parte del mundo desarrollado.

Robert Merton ha formalizado la lógica de este tipo de análisis del delito y de la conducta fuera de lo establecido. Señala que los que son más propensos a conformarse son personas a las que se les han dado todos los medios para lograr los fines del éxito —culturalmente reforzados— y que en su mayoría pertenecen a la clase media. Por el contrario, quienes aceptan el énfasis que la cultura imprime en el logro, pero carecen de los medios para llegar a él —como son una buena educación, dinero o influencias familiares—, estarán más dispuestos a violar las reglas, a tratar de superarse mediante el delito. Las diferencias entre el sistema de logros estadounidense y los sistemas posfeudales europeo o británico pueden resumirse en varios comentarios que se han hecho acerca del comportamiento en los deportes. Leo Durocher, un famoso jugador y entrenador de béisbol estadounidense dijo una vez que “Los chicos buenos terminan en último lugar”. En cambio, el lema del Club de Cricket de los Loos en Gran Bretaña dice: “No importa quién gana el partido, sino cómo lo juega”. Ésta es una máxima que escribieron los miembros de una vieja clase alta hereditaria, que

ganaron en el criquet hace ya varias generaciones y que nacieron siendo ganadores. Aquél es un axioma expresado en un sistema ideológicamente más abierto que coloca el énfasis en el logro.

Como se dijo antes, desde principios del siglo XIX la ruta estadounidense hacia el éxito ha sido a través de la educación. Estados Unidos ha sido el líder mundial en cuanto a matrícula escolar correspondiente a una educación que proporciona los conocimientos para un logro ocupacional: primero, en la proporción de estudiantes que se gradúan de la escuela primaria pública; luego, de la preparatoria, y, en fechas recientes, en cuanto al número que se gradúa de la universidad y realiza estudios de posgrado. En cambio, como se indicó con anterioridad, por lo general los europeos son menos propensos a asistir al tipo de escuelas que llevan a la universidad. En comparación con éstos, los estadounidenses han gastado un porcentaje mayor del ingreso gubernamental en educación. Por otro lado, por supuesto, los europeos han dedicado proporcionalmente más ingresos al bienestar social y medidas estatales a fin de subir, de manera distinta, a los menos privilegiados. Es decir, sus esfuerzos por mejorar la situación de éstos se han centrado en la vivienda pública, el empleo estatal, la cobertura de salud gubernamental, las prestaciones para desempleados y el apoyo a la tercera edad. Mucho más que en Estados Unidos, en Europa tanto conservadores como fuerzas de Izquierda han apoyado este tipo de prioridades. Disraeli y Bismarck, ambos conservadores, introdujeron el Estado benefactor en Gran Bretaña y Alemania. Los partidos de Izquierda organizados y el movimiento sindical presionaron en favor de una expansión más elaborada de las medidas gubernamentales para mejorar la posición de los estratos inferiores, y se concentraron menos en abrir la puerta hacia la movilidad ascendente mediante la expansión de las universidades. En Estados Unidos, en cambio, las medidas del Estado benefactor crecieron considerablemente durante la Depresión y las épocas posteriores a las grandes guerras. Sin embargo, este incremento se ha detenido bastante en décadas recientes, y no se observan esfuerzos para revertirlo.

La misma trayectoria ha repercutido en el movimiento sindical estadounidense. Creció mucho durante los años treinta y alcanzó su punto más alto en 1955, cuando una tercera parte de los empleados estaba afiliada a organizaciones sindicales. Posteriormente, los sindicatos comenzaron a decaer de tal manera que ahora sólo representan al 16%. Esto coloca la fuerza de las organizaciones sindicales en Estados Unidos muy por debajo no sólo de los países escandinavos, Alemania



y Gran Bretaña, sino también de Canadá y Australia (la situación de Francia es un tanto distinta y requiere una explicación en términos del papel de la membresía en la sociedad). Al discutir las diferencias entre la fuerza de los partidos con base sindical y los sindicatos en esos países y en Estados Unidos, yo diría que la prosperidad de la posguerra provocó que en este país se renovaran los valores tradicionales, incluido el énfasis en la igualdad de oportunidades y el individualismo, y la resistencia a la conciencia y las organizaciones de clase, de modo que los cambios de valores introducidos por la Gran Depresión se redujeron considerablemente. Los republicanos que ahora dominan el Congreso son el *único* partido antiestatista importante en Occidente. En cambio, si bien Canadá y Europa han enfrentado desarrollos económicos similares, allí no se ha dado un retorno a los valores de individualismo y logro, pues éstos han sido débiles y no dominantes.

Estudios comparativos de opinión pública documentan que los estadounidenses todavía aprueban menos que otros pueblos los gastos dedicados a servicios de bienestar social y que aprueban más los que se van a la educación. Un vasto análisis de actitudes hacia las políticas públicas que comprende los 20 años pasados —principalmente en países miembros de la OCDE— afirma que “Estados Unidos ocupa consistentemente el último lugar en cuanto a apoyo a diferentes tipos de beneficios de bienestar social”. El punto en que “los estadounidenses se encuentran en mejor posición —y tal vez la mejor— en comparación con otras naciones [...] [es] la oportunidad, la ayuda y el gasto en educación”. Y como señalan Robert Shapiro y John Young, autores de este estudio, estas actitudes surgen “de los puntos de vista y los valores de los estadounidenses respecto al individualismo y la igualdad de oportunidades, en contraste con la igualdad de resultados para los individuos”.

Como se señaló, la mayoría de las naciones europeas, a diferencia de Estados Unidos, dedican gran parte de su PNB y de sus fondos públicos a mejorar las condiciones de vida de sus estratos menos privilegiados. Los socialdemócratas europeos han tenido muchas oportunidades de ocupar cargos públicos desde los años treinta. Fieles a su preocupación por mejorar la situación de las clases inferiores, han puesto mucho énfasis en políticas relacionadas con la vivienda pública, la medicina estatal, etc., que buscan mejorar a grupos específicos. Pero hasta fechas recientes, conservan las escuelas preparatorias de las élites y no han logrado concentrar su atención en expandir la educación universitaria.

Como hemos visto, las fuerzas que surgieron de la Gran Depresión y la segunda Guerra Mundial han modificado fuertemente los valores estadounidenses. Estas fuerzas provocaron que las políticas de bienestar social y planeación fueran mejor aceptadas, que los sindicatos crecieran y que se dividiera el voto en clases sociales. Si bien estos cambios son distintivos de Estados Unidos a partir de la época previa a la Depresión, las condiciones de prosperidad que han caracterizado a la mayor parte del periodo de la posguerra han provocado que, de alguna manera, la población le vuelva la espalda a los valores que dieron pie a tales cambios. El apoyo a diversas políticas estatistas y de bienestar social ha disminuido. Los estadounidenses siguen siendo mucho más individualistas, meritocráticos y antiestatistas que ningún otro pueblo. Por tanto, los valores que forman el contexto para la política pública siguen siendo muy diferentes de los que prevalecen en otros países desarrollados, si bien éstos también están reduciendo sus beneficios sociales.

### **Las instituciones políticas**

Desde principios de su historia, la política institucional de Estados Unidos también fue descrita como "excepcional", y esta distinción sigue siendo válida. La organización política estadounidense es la única dominada por la coalición de dos partidos débilmente estructurados, que son, en tanto organizaciones nacionales, mucho más débiles que cualquiera otra en el mundo. Es el único sistema democrático que carece de un partido socialista, socialdemócrata o laborista electoralmente viable. La correlación entre clase social (alta o baja, clase media o clase trabajadora) y la preferencia en la votación, presente en todas las democracias electorales, es más débil aquí que en cualquier otra parte y ha ido disminuyendo en décadas recientes. Estados Unidos es la democracia más antigua que todavía perdura (el Partido Demócrata ha existido más tiempo que cualquiera en el mundo) y la más populista, pues más de 500 000 cargos públicos —la proporción más alta en todas las democracias— son puestos de elección popular. Sin embargo, el porcentaje del electorado elegible que vota es menor en comparación con otros países: apenas 50% en elecciones presidenciales, 35 a 40% en contiendas al Congreso en años en que no hay elecciones presidenciales, y porcentajes mucho menores en elecciones locales. También se diferencia de otros países en que cada estado realiza las elecciones prima-

rias, en las cuales los votantes que se registran en un partido político escogen a los nominados para las elecciones generales.

La Constitución estadounidense, la más antigua del mundo, estableció una forma de gobierno dividida —la Presidencia y las dos cámaras del Congreso—, lo cual difiere de las constituciones europeas y, no obstante, refleja la deliberada decisión de sus fundadores de crear un gobierno débil e internamente en conflicto. El gobierno se divide en muchas unidades, cada una de las cuales se elige por periodos distintos. El presidente no es electo por el Parlamento ni responsable ante éste, y tiene mucha menos influencia sobre los cuerpos legislativos que el primer ministro o los gabinetes de otros países.

Casi todas las demás naciones democráticas —dejando de lado a América Latina y hasta cierto punto a Francia— tienen un gobierno mucho más unificado, con un primer ministro o un gabinete que debe tener el apoyo de la mayoría de los miembros electos del Parlamento. Puesto que el Ejecutivo necesita el respaldo de los parlamentarios que lo colocaron en el puesto, es mucho más poderoso, particularmente en el aspecto interno, que el presidente estadounidense.

Al comparar las causas y las consecuencias del sistema presidencial de autoridad dividida con el sistema parlamentario de gobierno unificado que se utiliza más comúnmente, se observa la manera en que los valores y las instituciones interactúan para producir culturas políticas diferentes. La Constitución estadounidense intensifica el compromiso con el individualismo y la preocupación por proteger los derechos mediante la acción legal. La casi única Carta de Derechos de Estados Unidos, diseñada para proteger a la ciudadanía del abuso de poder por parte del gobierno, ha producido una gran propensión al litigio. Ha fomentado que los estadounidenses acudan a la corte no sólo en contra del gobierno, sino en contra de cualquier otro ciudadano. Ha conducido a un firme agrandamiento de las libertades básicas en las áreas de expresión, reunión y conducta privada, así como a una gran variedad de organizaciones de defensa legal, la más prominente de las cuales ha sido la Unión de Libertades Civiles Estadunidense (*American Civil Liberties Union*). Los derechos de las minorías, los negros y otros, las mujeres, incluso los de los animales y plantas han crecido mucho desde la segunda Guerra Mundial gracias a la acción legal. Esta gran propensión de los estadounidenses para litigar puede verse en el hecho de que aquí es mayor la frecuencia de apelaciones contra condenas o negligencia profesional, y en el mayor número de demandas de seguridad ambiental y ocupacional.

Algunos han relacionado este desprecio hacia la autoridad y hacia el acatamiento a las reglas fijadas por el Estado, con otros rasgos estadounidenses únicos, como la tasa de delitos más alta y el nivel más bajo de participación en las votaciones en todo el mundo desarrollado. Básicamente, la tradición estadounidense no fomenta la obediencia al Estado y a la ley. Esto puede ilustrarse haciendo referencia a los esfuerzos que los gobiernos estadounidense y canadiense han realizado para cambiar el sistema de pesos y medidas, es decir, adoptar el sistema métrico y abandonar el sistema antiguo y menos lógico de millas y pulgadas, libras y onzas. Hace dos décadas, ambos países le dijeron a sus ciudadanos que 15 años después sólo utilizarían el sistema métrico, pero que se podían utilizar los dos hasta entonces. Los canadienses, cuya historia y estructuras monárquicas *tories* han provocado un mayor respeto y confianza en el Estado y que tienen menores tasas per cápita de crímenes, trasgresión a la ley y propensión al litigio, adoptaron la decisión de sus líderes y ahora utilizan el sistema métrico, como puede haberse percatado cualquiera que haya conducido un auto-móvil en Canadá. Por su parte, los estadounidenses ignoraron la nueva política y los señalamientos de sus carreteras todavía están en millas, se pesa en libras y onzas, y la temperatura se mide en grados Fahrenheit.

Las diferencias entre naciones en lo que respecta a las tasas de votación pueden explicarse, en parte, por las distintas reacciones de los estadounidenses y los eurocanadienses ante el cumplimiento de sus obligaciones o deberes como buenos ciudadanos. Muchas personas votan por la misma razón por la que obedecen una señal que prohíbe caminar en el pasto o por la que esperan a que se encienda la luz roja del semáforo, aunque no se acerque ningún coche, o no violan la ley o los reglamentos cuando existe una pequeña posibilidad, tal vez nula, de que sean atrapados en el acto. Puesto que los votantes como individuos rara vez determinarán el resultado de una elección, muchos ciudadanos reconocen que gastar tiempo en emitir un voto no es una conducta racional. De esta manera, es de esperarse que los estadounidenses voten menos que los canadienses o los europeos, ya que son menos conformistas, menos observantes de la ley.

El individualismo y la resistencia a la autoridad en Estados Unidos también se ven alentados por las instituciones religiosas predominantes: las sectas protestantes. Estados Unidos es el único país de todo el mundo cristiano en el cual la mayoría de sus habitantes se adhiere a sectas —principalmente metodistas y bautistas, entre muchos cientos de otras—, mientras que en otras partes dominan las iglesias an-

glicana, católica, luterana y ortodoxa. Estas iglesias tienen una estructura jerárquica y su membresía se encuentra regida por el derecho de nacimiento; asimismo, se espera que los parroquianos sigan la guía de sus sacerdotes y obispos. En cambio, las sectas son predominantemente congregacionales; cada unidad local se adhiere de manera voluntaria, y a los jóvenes se les pide tomar una decisión al llegar a cierta edad. Históricamente, las iglesias con estructura jerárquica han sido apoyadas por el Estado fuera de Estados Unidos; el Estado le paga a sus clérigos y designa o confirma formalmente su jerarquía, y sus escuelas son subsidiadas con impuestos.

El patrón religioso estadounidense —como lo subrayó Tocqueville cuando buscaba explicar el individualismo estadounidense— ha sido *voluntario*. Cada grupo debe recaudar sus propios fondos, y debe llevar a cabo una lucha constante para mantener o ampliar el número de adeptos, si es que pretende sobrevivir. Tocqueville hizo énfasis en el excepcionalismo religioso estadounidense, en la gran persistencia de la creencia bíblica y la gran asistencia a la iglesia, superior a otros países cristianos, una generalización que sigue siendo válida de acuerdo con la información internacional de opinión pública. Como señaló, este patrón le debe mucho al voluntarismo, a la necesidad de los grupos religiosos estadounidenses de trabajar a fin de retener a sus parroquianos, una tarea que no ha sido prioritaria en las agrupaciones apoyadas por el Estado. Estos énfasis en el sectarismo protestante estadounidense han sido reforzados y a la vez fortalecidos por el individualismo social y político. Se espera que el miembro de una secta siga un código moral, determinado por su propio sentido de rectitud, mediante su relación personal con Dios, y no uno mediado por los obispos o determinado por el Estado.

La fortaleza de los valores de las sectas y sus implicaciones para el proceso político puede verse en las reacciones a la prueba suprema de la ciudadanía y la adhesión a la voluntad nacional: la guerra. Las iglesias del Estado no sólo han legitimado al gobierno —por ejemplo, el papel divino de los reyes—, sino que han aprobado invariablemente las guerras en las que han participado sus naciones y han hecho llamados a que el pueblo sirva y obedezca. Y los ciudadanos lo hacen, a menos de que, o hasta que, quede claro que su país está siendo derrotado. Sin embargo, los estadounidenses han sido distintos. En todas las guerras en las que ha participado Estados Unidos, con excepción de la segunda Guerra Mundial cuando el país fue atacado por Japón, ha existido un importante movimiento en contra de la guerra.

Desde la Guerra de 1812 hasta la Guerra de Vietnam, grandes minorías de estadounidenses se han opuesto a los conflictos, han buscado terminarlos y se han negado a participar. En 1812, algunos de los estados de Nueva Inglaterra amenazaron con separarse de la Unión porque se oponían a la guerra. En la Guerra con México, miles de soldados estadounidenses, entre ellos algunos graduados de West Point, desertaron y se unieron al ejército mexicano porque pensaban que México tenía razón y que Estados Unidos estaba equivocado. Su moral como personas les decía que debían estar del lado del ejército que tenía la razón. Durante la Guerra Civil muchas personas se opusieron a la posición de la región en que vivían. Hubo una considerable oposición a la guerra entre España y Estados Unidos y cientos de miles de personas se opusieron conscientemente a la primera Guerra Mundial. El Partido Socialista, que se opuso a ésta, recibió el mayor número de votos en toda su historia, equivalente a 20% en el país, en las elecciones municipales de 1917. En un análisis histórico comparativo de la oposición a las guerras estadounidenses publicado en 1968, *Sol Tax*, estudio de la Universidad de Chicago, colocó en cuarto lugar a la Guerra de Vietnam, es decir, estimaba que eran tres las guerras que habían tenido mayor oposición organizada. Este masivo rechazo consciente ha sido una forma de conducta casi exclusivamente estadounidense. Ha habido, es cierto, oposición en Canadá, Gran Bretaña y otros países, pero estos opositores a la guerra han sido menos numerosos y su conducta ha surgido de la misma fuente que afectó a los estadounidenses, es decir, de las sectas protestantes, que son, en proporción, menos importantes en otras partes.

El moralismo inspirado en el protestantismo no sólo ha influido en la oposición a las guerras, sino que ha determinado el estilo estadounidense en cuanto a relaciones internacionales, en general, incluidas las maneras en que van a la guerra. El patriotismo, incluido el apoyo a las guerras, es tan moralista como la renuencia a la participación. Para lograr el respaldo de una guerra, para hacer un llamado al pueblo a que mate a otros y muera por su país, los estadounidenses deben definir su papel dentro del conflicto como si estuvieran del lado de Dios en su lucha por la moral contra Satanás, contra el mal. Cuando Ronald Reagan definió la guerra contra el comunismo como un esfuerzo por destruir el "imperio del mal" o cuando George Bush dijo que Sadam Hussein era un Hitler, fueron tan estadounidenses como el pay de manzana. Estados Unidos entra en guerra, principalmente, con el mal, no para, de acuerdo con la concepción que tienen de sí mismos, defender

intereses materiales. Establecemos metas morales, como “hacer del mundo un lugar seguro para la democracia”, y las convertimos en razones para ir a la guerra. Por supuesto que los estadounidenses son tan autointeresados y autoenaltecidos como cualquier pueblo. Pero su autoconcepción les exige ver sus intereses como si también estuvieran fomentando valores morales. Por tanto, los estadounidenses definen sus guerras como cruzadas, e insisten en la rendición incondicional. Las tradiciones de la Iglesia cristiana —católica, anglicana, luterana u otras— suponen la falibilidad del ser humano y sus instituciones, y no insisten en la rendición incondicional ni en una guerra contra Satanás. Están, por tanto, más deseosos de comprometerse abiertamente con el mal. Francisco Franco reconoció y negoció con Castro en cuanto asumió el poder. Estados Unidos sigue sin hacerlo. George Bush estaba políticamente en lo correcto cuando describió a Sadam Hussein como otro Hitler, como una encarnación del mal. Pero, de haberlo sido, debería haber sido destruido, se le debería haber exigido la rendición incondicional. Al finalizar la guerra sin esto, Bush minó su posición.

Las instituciones políticas y los valores básicos de Estados Unidos representan otro aspecto del excepcionalismo estadounidense que mencionamos antes: su sistema bipartidista y la ausencia de terceros partidos efectivos y electoralmente viables. Como han subrayado varios científicos políticos, de manera notable E.E. Schattschneider, el sistema presidencial estadounidense desalienta seriamente la existencia de más de dos partidos. Puesto que sólo un partido y una persona pueden ganar la Presidencia, los votantes reconocen que efectivamente deben elegir entre los dos candidatos más fuertes. Apoyar a un tercer o cuarto nominado partido débil es un desperdicio. Por tanto, los votantes que no sienten simpatía por ninguno de los candidatos más importantes terminan apoyando a uno de ellos como el “menos malvado”.

Esta presión por respaldar al ganador potencial produjo el sistema de coalición bipartidista que todavía tiene el país. Dicha coalición entre partidos heterogéneos ha sido posible gracias a la ausencia de disciplina partidaria, de la necesidad de que candidatos y funcionarios sigan la línea de partido, de que apoyen ideológicamente a los líderes del partido, incluso a un presidente de su mismo partido. Esta diversidad se ve facilitada por la separación de poderes, por el hecho de que, a diferencia del primer ministro (quien debe renunciar a su cargo y generalmente convocar a una nueva elección si pierde un voto para una iniciativa de ley en el Parlamento), el presidente permanece en su cargo sin importar cuántas de sus propuestas sean derrotadas en el Congreso.

Los presidentes por lo general tienen muchas dificultades con el Congreso, incluso cuando su partido controla una buena mayoría en ambas cámaras, como le sucedió a Franklin D. Roosevelt después de ganar la reelección por mayoría decisiva en 1936. La reciente división del control del gobierno entre los partidos aparentemente refuerza el deseo de los fundadores de que existan pesos y contrapesos entre las diferentes ramas del gobierno, un patrón que todavía se ve favorecido en las encuestas de opinión de los estadounidenses. La presidencia continúa siendo una oficina más débil que la del primer ministro en países donde un partido tiene mayoría parlamentaria. Un presidente estadounidense controla la política exterior y puede ordenar el envío de tropas al extranjero, pero no puede conseguir que el Congreso autorice el presupuesto que presenta o que apruebe gran parte de la legislación que propone, como bien sabe Bill Clinton.

El gobierno dividido también produce numerosas y fuertes organizaciones de intereses especiales y cabildeo, así como más movimientos sociales que en otras partes. El hecho de que los candidatos al Congreso casi siempre se las tengan que ver solos, que sus partidos tengan que ver tan poco con su nominación o elección, que deban recolectar personalmente los recursos para sus campañas, los hace dependientes y vulnerables a la influencia de los que pueden proporcionarles dinero y activistas para sus campañas.

Las unidades del servicio civil, que dependen del Congreso (particularmente sus comités) para financiamiento y apoyo legislativo, se comportan de manera distinta de las del sistema parlamentario unificado. En este último, deben adoptar la voluntad de sus superiores, incluida la máxima cabeza política del departamento. Los parlamentarios no pueden influir en su actividad. Sin embargo, en Estados Unidos los comités legislativos, particularmente sus jefes o miembros más importantes, tienen tanto qué decir acerca de los prerrequisitos de un departamento o subunidad, como los supervisores políticos, y aquéllos permanecerán en sus puestos más tiempo que éstos. Por tanto, los funcionarios públicos estadounidenses cooperarán con la gente del Congreso y su personal de maneras que rara vez suceden en otras partes.

A medida que Estados Unidos se adentra en su tercer siglo bajo la misma Constitución —un récord mundial—, parece tener la misma forma de gobierno y, en comparación con otras organizaciones políticas de Europa y Canadá, los mismos énfasis en sus antiguos valores. Sigue siendo más clásicamente liberal (libertaria), desconfiada del gobierno y populista, y continúa otorgando al electorado más poder



para elegir a sus gobernantes, que otras democracias donde hay más confianza en los gobiernos unificados que satisfacen las funciones económicas y de bienestar, las cuales tienen menos puestos y políticas directamente abiertos a la votación del electorado. Visto desde una perspectiva nacional, los estadounidenses son la población más *whig* desde la filosofía liberal clásica, entre las naciones democráticas. Continúan al lado de Thomas Jefferson al creer que mientras menos gobierno, mejor. Todo esto se reflejó en los resultados de la elección de 1994 y en el comportamiento de los republicanos en el Congreso. A la inversa, los países europeos, si bien están cambiando, siguen siendo más estatistas y menos populistas que Estados Unidos, como demuestra el comportamiento de sus dos líderes más poderosos: Chirac y Kohl.